

Revista de Catequese

Centro Universitário Salesiano de São Paulo – UNISAL

São Paulo, *Campus* Pio XI: Curso de Teologia

Disponível em: <https://revista.unisal.br/catequese/index.php/rcu/issue/view/1>

V. 1, n. 1, jan./jul., 2023, p. 126-143.

ACOMPañAR Y DISCERNIR EN LA PASTORAL JUVENIL

ACCOMPANYING AND DISCERNING IN YOUTH MINISTRY

*José Miguel Núñez**

RESUMEN: Una pastoral juvenil de procesos requiere de maestros que sepan acompañar en el camino de la vida, desde la centralidad de la persona, la escucha y la libertad. El discernimiento será el aprendizaje necesario para caminar hacia la madurez creyente. Éste no será solo un momento metodológico ante decisiones importantes que tomar, sino una actitud vital que debe estar presente en todo los momentos del crecimiento hacia la estatura de Jesucristo. Hemos de pasar del discernir en pastoral a una pastoral del discernimiento que acompaña hacia la personalización de la fe.

Palabras clave: Acompañamiento, discernimiento, procesos, persona, Espíritu.

ABSTRACT: *A Process-Oriented Youth Ministry requires teachers who know how to accompany youth on the journey of life, from the centrality of the person, through listening and freedom. Discernment will be a necessary learning process to walk towards Christian maturity. This will not only be a methodological moment in the face of important decisions to be made, but a vital attitude that must be present at all times of growth towards the stature of Jesus Christ. We must move from discerning in ministry to a ministry of discernment that accompanies towards the personalization of faith.*

Keywords: *Accompaniment, discernment, processes, person, spirit.*

INTRODUCCIÓN

“Examinadlo todo y quedaos con lo bueno” (1Tes 5, 21).

Hace unos años, contó Ninfa Watt, una religiosa y periodista española, una anécdota en una conferencia a propósito del vino bueno. “No me gusta el vino...”, solía decir cuando intentaban servirle en una comida con amigos. Hasta que alguien cercano, con cariño, le regaló

* Director del Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil – Madrid; director de la revista *Misión Joven*.

con entusiasmo una botella de buen vino. Por no desairar a la persona que con tanta ilusión le hacía el don, aceptó compartir con ella una hermosa copa de buen vino. Descubrió entonces, paladeando despacio aquel reserva, que no es que no le gustara el vino... ¡sino que le gustaba solo el vino bueno!

Esta anécdota puede ser irrelevante... o no. Pero lo cierto es que es una buena imagen para reflexionar sobre el “vino bueno” de Jesucristo ofrecido a los jóvenes a los que acompañamos en los itinerarios de educación en la fe y que tantas veces se desparrama en catequesis insignificantes y en propuestas irrelevantes.

Educar en la fe y acompañar procesos de crecimiento hacia la adultez creyente es hacer gustar el “buen vino”, el vino nuevo y mejor de Jesucristo (cfr. Jn 2, 1-10). Tendríamos que preguntarnos si propiciamos el encuentro con Jesucristo a través de nuestras propuestas; si la persona tiene la oportunidad de *vivir* experiencias significativas que iluminen su existencia cotidiana y la transforme; si posibilitamos la interiorización de estas vivencias en procesos de personalización de la fe; si cuanto hemos ofertado no ha dejado indiferentes a los jóvenes y ha abierto cauces para continuar creciendo *hacia la estatura de Jesucristo* (cfr. Ef 4, 15).

Saber servir y hacer gustar el vino bueno del Reino requiere de maestros y testigos capaces de *narrar* a Jesucristo, creyentes adultos y creíbles que acompañen caminos de crecimiento personal y ayuden a madurar la experiencia de la fe favoreciendo procesos de discernimiento vocacional.

1. EL DISCERNIMIENTO COMO DISPOSICIÓN PASTORAL

La finalidad de todo proceso de crecimiento en la fe no es otro que adherir la vida a Dios revelado en Jesucristo, viviendo con todas las consecuencias la conversión, el seguimiento y la entrega de la propia existencia como el Maestro nos pide. En este camino, recorrido junto a los jóvenes, el discernimiento se convierte no solo en una metodología sino en la disposición vital¹ con la que seguir avanzando para responder con generosidad a la llamada de Dios, que nos ha amado primero.

1.1. EL DINAMISMO DE LA VIDA CRISTIANA

Discernir no es una moda pastoral. Por el contrario, es la disposición de todo creyente en la búsqueda del querer de Dios en la propia vida. En la experiencia del apóstol Pablo, el

¹ LÓPEZ HORTELANO, Eduard. Discernir: salir de la zona de confort. *Misión Joven*, v. 525, p. 5-14, 2020.

discernimiento es una actitud abierta y positiva en el descubrimiento de la voluntad de Dios que invita al seguidor de Jesús a hilar cada vez más fino en su existencia cotidiana para poder ser fiel a Cristo y su Evangelio. La libertad interior, el crecimiento en la fe, la esperanza o la caridad son algunos de los caminos creyentes en los que se adentra el discernimiento para escrutar mejor los senderos de Dios. En efecto, para el Apóstol, se trata de sondear el corazón humano, con la luz del Espíritu, hasta las profundidades de Dios (cfr. 1Cor 2, 10) y distinguir lo que viene de Él para revestirse con su armadura (cfr. Rm 6, 11), de los espíritus del mal que acechan al hombre (cfr. Ef 6, 12).

Discernir hace referencia al cedazo con el que tamizar unas cosas de otras. En la vida espiritual, es necesario cribar en el cedazo lo que viene de Dios y lo que me aleja de Él. En esta acción de tamizar nuestros pensamientos y deseos, la luz viene del Espíritu Santo. Solo Él conoce a Dios en profundidad y nos inspira los caminos adecuados para caminar en su presencia. Así, los frutos del Espíritu serán “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza” (Gal 5, 22-23); porque “vivimos según el Espíritu, hemos de obrar también según el Espíritu” (Gal 5, 25).

1.2. DISCERNIR, LA URGENCIA DE UN APRENDIZAJE

En la vida cristiana, se trata de un aprendizaje. El creyente ha de aprender a discernir, a dejarse inspirar por el Espíritu para vivir en Dios y saber tomar decisiones desde la responsabilidad y la libertad. Es un arduo camino que requiere, no cabe duda, de maestros que acompañen e inicien en esta búsqueda. Por eso, el Papa Francisco ha insistido tanto a lo largo de su pontificado, en la necesidad de impulsar, en los procesos de crecimiento en la fe, la actitud del discernimiento como camino hacia la madurez cristiana. Así, Francisco asevera que el discernimiento es necesario en la vida de la Iglesia (cfr. EG 43) y en la tarea evangelizadora (cfr. EG 45); en la vida del misionero que, en el discernimiento evangélico, “se alimenta con la luz y la fuerza del Espíritu Santo” (EG 50); en la vida de todo creyente que busca la luz por la inspiración del Espíritu Santo (cfr. EG 84).

Para Francisco, el discernimiento resulta hoy una necesidad particularmente imperiosa “porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas” (GE 167). El discernimiento, cuando nos dejamos llevar por el Espíritu de Dios nos conduce por los senderos de la libertad plena:

Esto resulta especialmente importante cuando aparece una novedad en la propia vida, y entonces hay que discernir si es el vino nuevo que viene de Dios o es una novedad engañosa del espíritu del mundo o del espíritu del diablo. En otras ocasiones sucede lo contrario, porque las fuerzas del mal nos inducen a no cambiar, a dejar las cosas como están, a optar por el inmovilismo o la rigidez. Entonces impedimos que actúe el soplo del Espíritu. Somos libres, con la libertad de Jesucristo, pero él nos llama a examinar lo que hay dentro de nosotros —deseos, angustias, temores, búsquedas— y lo que sucede fuera de nosotros —los «signos de los tiempos»— para reconocer los caminos de la libertad plena: «Examinadlo todo; quedaos con lo bueno» (1 Ts 5,21) (GE 168).

El discernimiento, en fin, no es solo para momentos extraordinarios en los que hay que tomar decisiones importantes, sino que “es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer” (GE 169).

En *Christus vivit*, la exhortación apostólica post-sinodal que aborda la fe y la vocación en los jóvenes, es particularmente interesante el acento puesto sobre el camino hacia la adultez cristiana. El discernimiento es importante desde los primeros pasos: “lo fundamental es discernir y descubrir que lo que quiere Jesús de todo joven es, en primer lugar, su amistad. Este es el discernimiento fundamental” (ChV 250). Una amistad con Jesús que te invita a seguirlo más de cerca y a vivir una existencia para los demás:

Estas preguntas deben plantearse no tanto en relación a uno mismo y a las propias inclinaciones, sino sobre todo en relación a los demás, confrontados con ellos, en modo tal que el discernimiento oriente la propia vida en referencia a los demás. Por eso quiero recordar cuál es la gran pregunta: “Muchas veces, en la vida, perdíamos el tiempo preguntándonos: “Pero ¿quién soy yo?”. Tú puedes preguntarte quién eres tú y vivir toda la vida buscando quién eres. Pero pregúntate: “¿Para quién soy yo? Tu eres para Dios, sin duda. Pero Él ha querido que tú seas también para los demás, y ha puesto en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para los demás (ChV 286).

1.3. CAMINOS DE DE-CONSTRUCCIÓN

Como venimos afirmando, el discernimiento espiritual no es, ciertamente, una moda o una tendencia; es una exigencia para una vida cristiana adulta y madura. Toda pastoral juvenil centrada en la evangelización como tarea prioritaria debe ayudar a los jóvenes en este aprendizaje. En todo proceso catequético “se nutre la fe de los bautizados y se les ayuda en el

proceso permanente de conversión de la vida cristiana”², por lo que en los itinerarios de educación en la fe debe estar muy presente esta actitud vital que tamiza y ayuda a cribar todos los elementos que ayudan al creyente a elegir responsable y libremente el fiel seguimiento de Jesús.

Por eso creo que, cuando hablamos de acompañar hacia la vida cristiana adulta, uno de los elementos que hemos de tener en cuenta es, precisamente, el camino de deconstrucción de los propios esquemas mentales. Jesús lo llama conversión. Es una de las exigencias de su seguimiento y conlleva darle un vuelco a la propia vida tras poner patas arriba mi pacífica existencia.

Acompañando durante años a jóvenes universitarios me di cuenta muchas veces de que la experiencia de la fe necesita hacer su camino para elaborar una propia síntesis personal, una auténtica personalización: en el camino se entrelazan la experiencia humana, el esfuerzo racional por darle un sentido a la existencia y la iluminación de la fe. La experiencia humana es, precisamente, el lugar teológico donde crece y madura la experiencia de la fe. En este camino, es imprescindible el discernimiento, no solo como metodología, sino mucho más: como actitud vital ante el Evangelio que pone en solfa las contradicciones de mi día a día.

Convencidos de esta realidad, tendríamos que preguntarnos cómo hacer para que el Evangelio ilumine la vida de las personas, cada pliegue, cada circunstancia, cada opción. Para los seguidores de Jesús, en el encuentro con el Maestro descubrieron una manera diferente de vivir que afectaba personalmente la historia de cada uno. Lecturas de la realidad, visiones del mundo, percepciones sobre las personas... todo quedó “afectado” por la Palabra de Jesús. En la situación de cada uno, diferente a la de los demás, andar por veredas nuevas les produjo una inmensa alegría. Tanto, que Jesús los invitó a vivir en plenitud y llamó felices a todos los que acogiendo la semilla de Reino cambiaran su modo de vivir para vivir según Dios. Les invitó a la conversión. Un vuelco del corazón, un cambio de mentalidad, una mirada más auténtica sobre las personas y las manos más abiertas para compartir. Son procesos de “deconstrucción” personal para volver a edificar sobre la roca que es Cristo. Este es, en mi opinión, el camino hacia la madurez cristiana.

Me he preguntado muchas veces cómo hacer para “desmontar” esquemas en los que la propuesta evangélica se sitúa a contracorriente. He pensado en no pocas ocasiones que nuestra

² PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN. *Directorio para la Catequesis*. Città del Vaticano: Editrice Vaticana, 2020, n. 35.

pastoral con jóvenes debería ser menos edulcorada y más audaz. Jesús propone un cambio de vida para encontrar la Vida en abundancia. La verdadera alegría está precisamente aquí, en recorrer los senderos de la Vida, andar por el único Camino que nos conduce a la Verdad que es el amor. El discernimiento, la búsqueda del querer de Dios a la luz del Espíritu, es el único sendero posible para vivir una existencia fundada en la roca que es Cristo:

En este marco se sitúa la formación de la conciencia, que permite que el discernimiento crezca en hondura y en fidelidad a Dios: «Formar la conciencia es camino de toda una vida, en el que se aprende a nutrir los sentimientos propios de Jesucristo, asumiendo los criterios de sus decisiones y las intenciones de su manera de obrar (cf. Flp 2,5)» (ChV 281).

2. EL ACOMPAÑAMIENTO

Nuestra pastoral juvenil adolece, en no pocas ocasiones, de un verdadero camino de personalización de la fe. Y, sin embargo, es imprescindible para que tantas vivencias como compartimos con los jóvenes puedan introyectarse en el entramado de la existencia y se conviertan en verdaderas experiencias que transformen la vida. Si la vivencia no toca la existencia y la transforma, no pasará de ser un bonito recuerdo en la memoria a la que volver con agrado. Por eso es tan necesario el acompañamiento. Adultos en la fe que cogen el paso de los jóvenes y saben, como maestros que inician y acompañan un tramo del camino, poner nombre a la experiencia vivida, abrir nuevas perspectivas, señalar horizontes, sostener y alentar en medio de las dificultades. No cabe duda de que no basta la buena voluntad del catequista que enseña y propone actividades. Son necesarios maestros en el arte de acompañar los procesos de personalización de la fe hacia la vida adulta.

2.1. DIVERSOS MODOS DE ACOMPAÑAMIENTO

¿De qué hablamos cuando hablamos de acompañamiento? Habría que delimitar bien que entendemos por discernimiento, cuando esta palabra encierra multitud de sentidos y puede ser aplicada en variados contextos:

En este sentido, podemos hablar de acompañamiento personal, educativo, pedagógico, grupal, terapéutico, espiritual, vocacional. Cada uno tiene su propia finalidad, objetivos, metodología y estilo. Pero en todos encontramos algunos rasgos comunes: la persona del acompañado está en el centro y la

relación de cercanía y de ayuda que se establece entre el acompañante y el acompañado.³

En esta reflexión nos centramos en el acompañamiento pastoral desde una perspectiva integral que abarca toda la persona y que se inspira el mismo ser de la Iglesia que se hace compañera de viaje de las personas para transmitirles el amor de Dios “y busca sanar la existencia, cuidar el crecimiento, sostener en la vida y abrir a la experiencia de Dios”⁴.

Nuestra manera de comprender el acompañamiento pastoral contempla un marco amplio que tiene en cuenta las diferentes situaciones de los jóvenes y quiere ser una propuesta que alcance a todos los destinatarios del mensaje evangélico, buena noticia de Jesús para la vida y la esperanza de las personas. Por eso, podemos hablar de acompañamiento ambiental, para todos a los que va dirigida la acción pastoral; acompañamiento grupal, para los que se insertan en un itinerario de crecimiento en la fe; acompañamiento personal, para los que deciden caminar hacia la madurez adulta en un camino de discernimiento.



Los círculos no son compartimentos estancos. Hay una continua ósmosis entre uno y otro en los caminos de crecimiento interior de cada personas y las etapas por las que atraviesa. Lo decisivo es proponer procesos que conduzcan a la personalización y, por tanto, al compromiso con otros en la Iglesia (eclesialidad de la fe).

³ GUTIÉRREZ CUESTA, Koldo. Actualidad del acompañamiento en pastoral juvenil. In: CRESPO-BUEIS, Juan (Coord.). *Acompañar a jóvenes. Un itinerario formativo para el acompañamiento espiritual*. Madrid: CCS, 2021, p. 44.

⁴ *Ibid.*, p. 45.

2.2. LA PERSONA EN EL CENTRO

En todo acompañamiento, la persona está situada en el centro. Quien acompaña sabe que no puede funcionar con fórmulas aprendidas y universales sino que, por el contrario, es necesario acoger el momento y la experiencia vital de la persona acompañada. No hay fórmulas pre-establecidas sino que más bien se trata de un manufacturado, un ejercicio de artesanía original en el que los protagonistas son las personas y el Espíritu Santo de Dios que actúa en la vida del bautizado. El acompañante deberá ser un buen *artesano* que no ofusca la obra de Dios en cada uno de sus hijos sino que la potencia mediando su presencia que ilumina y alienta. Su tarea será percibir las huellas de Dios en la vida de quien acompaña, interpretar con maestría los signos que ayudan a comprender el momento vital en el que se encuentra y ofrecer herramientas para poner nombre a situaciones, momentos, experiencias que permitan la personalización del camino de fe que se está recorriendo. En efecto,

Acoger la vida de Dios en los jóvenes es ciencia del corazón. Para ayudar a personalizar esta vida de Dios, es necesario cultivar la sensibilidad y abrir caminos para que ellos puedan dar nombre interiorizar su rastro en sus vidas. El camino de Dios y el mensaje de Jesús deben ser interiorizados y personalizados mediante la acción oculta del Espíritu Santo y la intencionalidad sincera y espontánea de la persona joven.⁵

La acción catequética debe apuntar hacia esta personalización de la fe en la que cada bautizado asume en primera persona el camino de crecimiento interior a la luz del Espíritu. En el centro de la acción catequética, y de la propuesta pastoral en general, debe estar la persona, con sus límites y potencialidades, su momento vital y sus proyecciones, con sus dificultades y sus anhelos. El mensaje, la buena noticia de Jesús, se encarna en la vida de los jóvenes y desde dentro de ella transforma y hace crecer, como la semilla del evangelio que cae en la buena tierra y da ciento por uno (cfr. Mt 13, 1-9). De alguna manera, el acompañante colabora con el Espíritu en roturar bien la tierra para que la semilla de la Palabra pueda madurar. Hoy, quizá más que en otros momentos y contextos culturales, la presencia discreta del acompañante será necesaria para desbrozar el terreno, roturar el surco, ayudar en la siembra, disponer la tierra para la lluvia y acompañar en el crecimiento. La relación de ayuda entre un adulto en la fe y un joven que camina en el crecimiento personal y espiritual es, necesariamente, un itinerario de

⁵ CRESPO BUEIS, J. (Coord.). *Acompañar a jóvenes*. Un itinerario formativo para acompañar a jóvenes. Madrid: CCS, 2021, p. 164.

personalización en el que la finalidad es lograr la autonomía del creyente que sale de sí mismo y adhiere plenamente su vida al Dios de la vida revelado en Jesucristo. En este proceso, serán imprescindibles la escucha y el discernimiento.

2.3. LA ESCUCHA Y EL DISCERNIMIENTO

Son dos actitudes fundamentales en todo acompañamiento personal. Lo es también, desde luego, en el ámbito del acompañamiento espiritual y del camino de crecimiento en la fe. Aprender a escuchar es un arte y el maestro de espíritu debe ser muy hábil en esta destreza. No es suficiente dominar la doctrina o ser bueno en el arte de la palabra, es necesario – sobre todo – saber escuchar con atención y acoger con empatía la vida que compartimos. Francisco nos lo recuerda en la exhortación apostólica *Christus vivit*: “Cuando nos toca ayudar a otro a discernir el camino de su vida, lo primero es escuchar” (ChV 291). Tal escucha, dice el Papa, requiere tres sensibilidades: la atención a la persona, la atención al discernimiento y la atención a los impulsos que el otro experimenta *hacia adelante* (cfr. ChV 292-294).

Acompañar, pues requiere de una fina sensibilidad de modo que la persona sienta que “lo escucho incondicionalmente, sin ofenderme, sin escandalizarme, sin molestarme, sin cansarme” (ChV 292). Esta escucha debe ayudar a discernir, como hemos indicado más arriba, los espíritus buenos de los espíritus que no vienen de Dios. En este ejercicio, el acompañante debe “tener la valentía, el cariño y la delicadeza necesarios para ayudar al otro a reconocer la verdad y los engaños o excusas” (ChV 293). La inclinación a la escucha *hacia adelante*, en fin, debe ayudar a la persona a descubrir “su proyecto para la propia vida que se expresa en una inclinación del corazón, más allá de la cáscara de los gustos y sentimientos” (ChV 294).

Entonces sí, dice Francisco

cuando uno escucha a otro de esta manera, en algún momento tiene que desaparecer para dejar que él siga ese camino que ha descubierto. Es desaparecer como desaparece el Señor de la vista de sus discípulos y los deja solos con el ardor del corazón que se convierte en impulso irresistible de ponerse en camino (cf. Lc 24,31-33). De regreso a la comunidad, los discípulos de Emaús recibirán la confirmación de que verdaderamente ha resucitado el Señor (cf. Lc 24,34) (ChV 296).

Acompañar procesos de maduración de la fe y, consecuentemente vocacionales, requiere especialistas en el arte del corazón. Para poder escuchar, acoger con empatía, enseñar a discernir y tener la libertad de desaparecer para que el otro complete su camino como adulto, se necesitan verdaderos maestros de espíritu, conocedores de las ciencias humanas, expertos en

relaciones maduras y virtuosos en la prudencia. Hombres y mujeres profundamente creyentes, que saben de su fragilidad y caminan sostenidos por Dios y viven apasionados por el Reino, que libran batallas cotidianas por seguir respondiendo al Señor y se saben necesitados de la misericordia y de la ternura de Aquel que les envía.

Los mismos jóvenes, en el documento de preparación al sínodo de los obispos, nos describen qué cualidades debería tener el acompañante:

Las cualidades de dicho mentor incluyen: que sea un auténtico cristiano comprometido con la Iglesia y con el mundo; que busque constantemente la santidad; que comprenda sin juzgar; que sepa escuchar activamente las necesidades de los jóvenes y pueda responderles con gentileza; que sea muy bondadoso, y consciente de sí mismo; que reconozca sus límites y que conozca la alegría y el sufrimiento que todo camino espiritual conlleva. Una característica especialmente importante en un mentor, es el reconocimiento de su propia humanidad. Que son seres humanos que cometen errores: personas imperfectas, que se reconocen pecadores perdonados. Algunas veces, los mentores son puestos sobre un pedestal, y por ello cuando caen provocan un impacto devastador en la capacidad de los jóvenes para involucrarse en la Iglesia. Los mentores no deberían llevar a los jóvenes a ser seguidores pasivos, sino más bien a caminar a su lado, dejándoles ser los protagonistas de su propio camino. Deben respetar la libertad que el joven tiene en su proceso de discernimiento y ofrecerles herramientas para que lo hagan bien. Un mentor debe confiar sinceramente en la capacidad que tiene cada joven de poder participar en la vida de la Iglesia. Por ello, un mentor debe simplemente plantar la semilla de la fe en los jóvenes, sin querer ver inmediatamente los frutos del trabajo del Espíritu Santo. Este papel no debería ser exclusivo de los sacerdotes y de la vida consagrada, sino que los laicos deberían poder igualmente ejercerlo. Por último, todos estos mentores deberían beneficiarse de una buena formación permanente.⁶

3. ACOMPAÑAR Y DISCERNIR EN LA PASTORAL JUVENIL

Al reflexionar sobre el anuncio y la transmisión de la fe, no podemos no referirnos a la experiencia vital de aquellos hombres y mujeres que se encontraron con Jesús y que junto a él y con él descubrieron caminos de plenitud para la propia vida. Descubrieron un tesoro en el campo y no dudaron en dejarlo todo por comprar el campo (cfr. Mt 13, 44); aprendieron un nuevo modo de vivir que los llevó por desfiladeros insospechados y no dudaron en entregar la vida como el Maestro; entendieron que, si alguien te pide caminar con él una milla, era mejor caminar dos (cfr. Mt 5, 41); aprendieron a dar sin recibir nada a cambio, a no juzgar (cfr. Mt 7,

⁶ SÍNODO DE LOS OBISPOS. XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA. *Reunión pre-sinodal*, Roma, marzo, 2018, n. 10. Disponible in: <https://press.vatican.va/content/salastampa/it/bollettino/pubblico/2018/03/24/0220/00482.html#spagn>. Acceso in: 13 jan. 2023.

1), a no dar rodeos ante el sufrimiento ajeno (cfr. Lc 10, 25-37) y a perdonar sin límites (cfr. Mt 18, 21-35); pero, sobre todo, experimentaron vitalmente el amor de Dios, revelado en Jesús como misericordia y ternura infinitas.

3.1. LA FINALIDAD DE TODA PASTORAL JUVENIL: TRANSMITIR LA FE

Por eso, a la hora de preguntarnos cómo transmitir hoy y hacer significativa la experiencia de la fe, se trata, a mi modo de ver, de volver a recuperar la frescura de la llamada evangélica y de la experiencia creyente así como los primeros discípulos la vivieron y expresaron. No se trata de una decisión ética, ni de acoger un mensaje iluminador, sino de un encuentro transformador. Escribe Francisco en la *Evangelii gaudium*, al inicio de su pontificado:

No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (EG 7).

Lo que cualifica verdaderamente la pastoral juvenil es, precisamente, dar prioridad a la misma misión de la Iglesia que no es otra que evangelizar, esto es, anunciar a Jesucristo y propiciar el desarrollo de la vida cristiana en plenitud para la vida y la esperanza de las personas. Desde este punto de vista, la pastoral juvenil no puede no ser vocacional, porque

El objetivo (de nuestra pastoral juvenil) es acompañar a cada joven en la búsqueda concreta de su propia vocación, lugar de su respuesta al proyecto de amor gratuito e incondicional que Dios le tiene. La dimensión vocacional configura el objetivo primero y último de la Pastoral Juvenil Salesiana.⁷

Ahora bien, no podemos olvidar que la evangelización, razón de ser y misión de la Iglesia de todos los tiempos, es:

En su conjunto, una mediación del misterio de Dios. No se trata de una simple mediación de valores como, por ejemplo, la educación, aunque tenga ciertos procesos comunes. En la evangelización se propone un misterio trascendente, que se hace presente en la vida, muerte y resurrección de Jesús, y que se desvela por gracia en la acción del Espíritu. Por tanto evangelizar no es meramente el anuncio de un contenido doctrinal. La evangelización implica el misterio del Dios trinitario y el misterio humano, Iglesia y personalización, palabra de Dios y lenguaje humano, adoración y compromiso, celebración y sacramento, oración y coherencia, persona y comunidad, novedad e historia, realismo y esperanza, experiencia y trascendencia, capacidad pedagógica y

⁷ DICASTERIO PARA LA PASTORAL JUVENIL SALESIANA. *La pastoral juvenil salesiana*. Cuadro de referencia. Roma: Direzione Generale Opere Don Bosco, 2014, p. 152.

sentido de la oportunidad, escucha y comunicación, compasión y misericordia, sentido humano y salvación de Dios.⁸

Hemos de tener en cuenta todos estos elementos para intentar propiciar el encuentro del joven con Jesucristo, en la Iglesia y para el mundo. Nuestras propuestas pastorales deberán ayudar a vivir experiencias que no solo deslumbrén, fascinen o emocionen, sino que en un adecuado itinerario y bien acompañadas por la mediación eclesial se puedan introyectar en el propio proceso personal y transformar la vida. Cuando nuestras propuestas pastorales con jóvenes no tocan el corazón y cambian la vida de las personas corren el riesgo de quedarse en historias bonitas que recordar cuando pasa el tiempo, pero que pertenecieron a otro momento vital y, en nada o casi nada, influyeron en mis opciones y en mi modo de vivir. Por eso, más allá de eventos que deslumbran o emocionan, pero quizá no tengan un antes y un después, optamos claramente por los itinerarios y los procesos. Una pastoral de procesos requiere de tiempos largos, de acompañamiento y del aprendizaje del discernimiento.

3.2. ACOMPAÑAR HACIA LA MADUREZ CREYENTE

La experiencia de la fe es una búsqueda, un encuentro con el Dios de la vida que se nos ha revelado en Jesucristo, una respuesta – en fin – al amor con el que hemos sido amados primero.

La pastoral juvenil deberá propiciar experiencias que ayuden a liberar interrogantes, que posibiliten la búsqueda, que toquen el entramado vital de las personas para que éstas puedan ponerse en camino, inquietas, disponibles, expectantes. Se necesita, pues, el mediador. El testigo que acompaña y señala; que invita y ayuda a descubrir. Con delicadez pero con maestría.

Con libertad pero con audacia. Es el evangelizador *evangelizado* que ha recorrido ya esas veredas y saber orientar la marcha. Y lo que es más importante, anuncia con su vida – en ocasiones coherente y en tantas otras aún en camino -, que hay un tesoro por descubrir.

Tras esta respuesta, tras la búsqueda, se abre un largo camino, acaso un arduo desfiladero, hacia el crecimiento y la madurez creyente hasta alcanzar “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef 4, 15).

Sólo quisiera destacar brevemente que la pastoral juvenil implica dos grandes líneas de acción. Una es *la búsqueda*, la convocatoria, el llamado que atraiga a nuevos jóvenes a la experiencia del Señor. La otra es *el crecimiento*, el

⁸ JIMÉNEZ ORTIZ, Antonio. *La fe en tiempos de incertidumbre*. Teología para dar que pensar. Madrid: San Pablo, 2018, p. 494.

desarrollo de un camino de maduración de los que ya han hecho esa experiencia (ChV 209).

Acompañar hacia la madurez creyente es coger el paso de los jóvenes que, en la búsqueda, han encontrado experiencias significativas que han propiciado el encuentro con Cristo vivo y han decidido seguirlo, sostenidos por la fuerza de su Espíritu. El *maestro* que acompaña es un adulto en la fe que ya, de algún modo, ha recorrido esos senderos y sabe, con discreción y en libertad, orientar la marcha dejando al caminante el protagonismo del discernimiento y la decisión. Como en la primera comunidad de discípulos del Maestro galileo, también hoy el Señor Jesús invita a quien quiera venir tras Él, a renunciar a sí mismo y a entregar la vida por amor. Se trata de un arduo desfiladero por el que atravesar para despojarse de todo lo que dificulta la marcha de modo que la vida del discípulo se edifique solo en Dios. Estamos de acuerdo con Francisco cuando afirma que

Cualquier proyecto formativo, cualquier camino de crecimiento para los jóvenes (...) es importante que esté centrado en dos grandes ejes: uno es la profundización del *kerygma*, la experiencia fundante del encuentro con Dios a través de Cristo muerto y resucitado. El otro es el crecimiento en el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio (ChV 213).

Es la experiencia de todo discípulo, de todo cristiano: el seguimiento del Maestro. Un aprendizaje de vida. Un camino junto a Jesús que pide a todo el que quiera quedarse con él que le siga con las manos disponibles y el corazón liberado de ataduras. La tarea del evangelizador será acompañar a los jóvenes en el descubrimiento de esta llamada y ayudarles a encontrar caminos de respuesta personal a la iniciativa de Dios que compromete en el seguimiento de su Hijo.

Como aquel joven que se acerca a Jesús preguntándole qué tiene que hacer para ganar la vida eterna y se encuentra con una respuesta inesperada (cfr. 18, 18-23). Su vida tiene ya un cierto ritmo, es una persona creyente, comprometida con la fe de sus mayores... pero ante la pretensión de Jesús de dar algún paso más en su respuesta de totalidad a Dios, desprendiéndose de todo lo que le impide caminar más libremente, da media vuelta y se aleja porque la propuesta es demasiado exigente.

Quizás nos pase también a nosotros en nuestra pastoral juvenil. Por temor a ser demasiado explícitos o que la exigencia pueda fracturar la respuesta de los destinatarios, casi sin querer, dulcificamos la propuesta evangélica. Creo que es necesario cambiar de perspectiva y propiciar experiencias que apunten en la dirección de la coherencia y la radicalidad tal como Jesús las plantea.

Hay algunas exigencias evangélicas particularmente relevantes en la vivencia cristiana que necesitan una adecuada *pedagogía* pero que provocan la alegría del corazón y nos ayudan a avanzar – también a los jóvenes - por la senda de la santidad (radicalidad) que Jesús propone a sus discípulos. Señalo cuatro de ellas. La primera es, precisamente, la del desprendimiento y la inseguridad que hacen al discípulo poner la confianza solo en Dios:

Por el camino le dijo uno: ‘Te seguiré vayas donde vayas’. Jesús le respondió: ‘Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este Hombre no tiene donde reclinar la cabeza’. A otro le dijo: ‘Sígueme’. El respondió: ‘Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre.’ Jesús le replicó: ‘Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar por ahí el reinado de Dios’ (Lc 9, 57-60).

¿Cómo ayudar a los jóvenes a vivir experiencias de desasimiento y disponibilidad para el Reino? ¿Cómo acompañar en una lectura de la propia vida desde el olvido de uno mismo y la opción por los demás? ¿Cómo acrecentar la confianza en Dios cuando optamos por liberar las manos y el corazón? Pienso que sólo desde experiencias de disponibilidad y generosidad, acompañadas en un voluntariado que no consuma vivencias sino que ayude a interpretar en el entramado de la propia vida que hay más alegría en dar que en recibir y que vale la pena descentrarse de los propios egoísmos para vivir desde la esquina del otro. Cuando estas experiencias están bien enfocadas, son fruto de opciones de fe y están sostenidas por una oración sencilla y cotidiana, se abren cauces insospechados en la vida de las personas y se descubre la radicalidad del seguimiento de Jesús que pide a sus discípulos no buscarse a sí mismos sino el Reino de Dios y su justicia.

La segunda de las exigencias evangélicas que necesitan un *aprendizaje* vital se refiere a la propuesta de Jesús de amar a los enemigos y perdonar sin límites: “Pues yo os digo: ‘Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos’” (Mt 5, 43-45).

Son palabras difíciles de asumir. Van contracorriente. La mayor parte de la gente a nuestro alrededor *funciona* de otra manera. Los jóvenes no son una excepción: amar a los que te hacen mal y perdonar sin límites no forma parte del guion. Nuestra propuesta de crecimiento en la fe ha de ayudar a los jóvenes a adentrarse en estas experiencias auténticamente rompedoras. El evangelizador que acompaña deberá iluminar la vivencia cotidiana con propuestas que abran nuevos espacios en la vida de las personas. Con discreción, habrá que apuntar en la dirección justa, sin traicionar el evangelio. La propia experiencia del perdón ante

el límite del pecado y la acogida del amor y la ternura de Dios en la propia vida ayudarán, sin duda, a madurar un corazón libre con capacidad de amar y perdonar según el corazón del mismo Dios. El acompañamiento espiritual y la oración se hacen imprescindibles en este camino que supone también una extraordinaria madurez humana.

La tercera exigencia, en el seguimiento de Jesús, es la entrega de la propia vida. Caminar tras el Maestro significa compartir su propio destino. Estar dispuestos a cargar con la cruz y perder la vida son condiciones inexcusables para el discípulo: “El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará” (Mt 16, 24-25).

Finalmente, la dimensión comunitaria de la fe es imprescindible para el crecimiento en la fe. Sin comunidad, no hay experiencia creyente cristiana. Crecer en el amor fraterno, en la vida comunitaria y el servicio, se convierten en *conditio sine qua non* para la fe cristiana. Por eso, en los procesos catequéticos y de acompañamiento hacia la adultez creyente, el camino se recorre junto a otros creyentes con los que compartir la fe en la plegaria, la celebración, la vida y el compromiso:

La comunidad cristiana es el origen, el lugar y la meta de la catequesis. Es siempre desde la comunidad creyente que nace la proclamación del Evangelio, que invita a hombres y mujeres a convertirse y seguir a Cristo. Y es la misma comunidad que acoge a aquellos que desean conocer al Señor y empeñarse en una vida nueva.⁹

Acompañamos hacia la vida adulta en la Iglesia, compartiendo la fe y sirviendo a los hermanos.

Bien sabemos de la dificultad, en ocasiones, para la participación activa de los jóvenes en la vida de la comunidad cristiana. Como reconoce el Papa Francisco, “se hace necesario ahondar en la participación de estos en la pastoral de conjunto de la Iglesia” (ChV 202), evitando una formación exclusivamente doctrinal. De modo que, en orden a nuestra reflexión, bien podríamos decir que:

Cualquier plan de pastoral juvenil debe incorporar claramente medios y recursos variados para ayudar a los jóvenes a crecer en la fraternidad, a vivir como hermanos, a ayudarse mutuamente, a crear comunidad, a servir a los demás, a estar cerca de los pobres (ChV 215).

⁹ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN. *Directorio para la Catequesis*. Città del Vaticano: Editrice Vaticana, 2020, n. 133.

3.3. ALGUNOS ELEMENTOS CLAVE PARA EL DISCERNIMIENTO

Podríamos definir el discernimiento espiritual como la disposición interior ante lo que somos y lo que hacemos; abiertos al don y con la disposición para escuchar y escucharse, reconociendo mociones y superando engaños, examinándose y conociéndose para, finalmente, pasar de lo bueno a lo mejor. En clave cristiana, se trata de abrirnos al querer de Dios y descubrir su voluntad para nosotros en las diversas fases de la vida por las que atravesamos. En este camino, metodológicamente, propongo tres pasos.

En primer lugar, estar atentos a la Palabra y abiertos al Espíritu. Se trata de abrir la mente y el corazón a la Palabra que resuena con fuerza y eficacia en la comunidad creyente y se hace vida en la buena tierra de cada persona. El Espíritu, verdadero protagonista de esta experiencia, nos conducirá por senderos de vida y nos dará la audacia necesaria para dejarnos transformar por el fuego de su presencia.

Por eso, la escucha y acogida frecuente de la Palabra, a través de la *lectio divina* puede ser un buen camino para la apertura al querer de Dios, inspirados por el Espíritu. Se trata de recorrer el camino de la fe, pendientes de los labios del Maestro y de sus signos, para descubrir la Vida y adherir completamente la existencia a Dios, cuyo rostro nos ha revelado Jesús.

En segundo lugar, hemos de saber preguntarnos sobre la llamada de Dios para la propia persona. Abiertos y disponibles al Espíritu, no podemos eludir algunas cuestiones: ¿qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es mi lugar en el mundo y en la Iglesia? Las respuestas a estas preguntas no son fáciles, pero en ellas se juega, de algún modo, el vivir la vida con mayor plenitud. En este sentido, hemos de ayudar a los jóvenes a leer los signos de la propia historia personal: situaciones, personas, experiencias, momentos... a través de todo ello Dios nos habla. ¿Cómo leer estos signos en clave creyente?

Finalmente, hemos de proponer experiencias que ayuden al cambio de vida (conversión) que Jesús nos pide. Para ello, proponemos procesos para una auténtica *deconstrucción* de esquemas mentales y modos de vivir arraigados en la persona pero todavía lejanos a la propuesta evangélica. El discernimiento debe ayudar a recrear la vida, a iniciar procesos nuevos, a comprometer la existencia en la entrega a los demás y en el empeño transformador de la realidad. En este ámbito, las experiencias concretas de voluntariado y servicio a los demás son importantes en el proceso de crecimiento personal que busca poner en el centro de la vida a Dios.

Cultivar el discernimiento espiritual es, en primer lugar, una tarea de cada persona. Solo podremos hablar de discernimiento en el Espíritu si éste se convierte en un modo de vivir antes de llegar a ser una estrategia o un modo de acompañar. De ahí la necesidad de invitar a los agentes de pastoral a recorrer caminos personales y comunitarios que favorezcan el crecimiento espiritual y la búsqueda de Dios. La actitud de discernimiento no puede ser un momento puntual en la dinámica pastoral sino un modo de vivir y de trabajar en el servicio a la causa del Reino que nos provoca constantemente y nos impulsa a salir de nosotros mismos buscando no nuestras respuestas sino las respuestas a las preguntas que vienen de Dios.

CONCLUSIÓN

Francisco, en varios momentos de su pontificado, hablando sobre el acompañamiento y el discernimiento ha propuesto el relato de Emaús como icono bíblico que expresa adecuadamente la praxis eclesial en estos ámbitos (cfr. Lc 24, 13-35). El camino de la vida (el camino de Jerusalén a Emaús), la comunidad eclesial presente en aquellos discípulos (cuando dos o más están reunidos en el nombre de Jesús, allí está el Señor), la discusión o el disenso (discutían por el camino), la presencia del caminante (se les añadió Jesús andando con ellos) expresan de forma elocuente qué son el acompañamiento y el discernimiento cristiano.

Partimos siempre de la experiencia vital, de la situación real de las personas que buscar, favorecemos la escucha y la acogida, dejamos que la Palabra ilumine la realidad y señalamos horizontes hacia los que caminar. La Iglesia que acompaña, que hace resonar el *kerygma* en la vida de la comunidad, que celebra la fe y reconoce a Cristo Jesús en medio de ella es el ámbito en el que hacer crecer la fe hasta la madurez creyente. La sabiduría del acompañante que coge el paso de los discípulos, escucha su desesperanza, anuncia con credibilidad la Palabra, conduce al centro de la fe *partiendo el pan* con ellos y después desaparece, dejando a los discípulos tomar sus decisiones en libertad, es una buena expresión de cuanto debe ser nuestra praxis como acompañantes que ayudan a discernir y tomar decisiones.

Nuestra pastoral deberá seguir actualizando esta forma de hacer. No se trata solo de utilizar el discernimiento como método en momentos concretos para tomar decisiones que afectan a todos, sino hacer del discernimiento una actitud vital en el acompañamiento de los procesos de crecimiento y maduración de la fe. Para ello, hemos de pasar de “discernir en la

pastoral a una pastoral que discierne”¹⁰ y hacer de esta praxis un modo de acompañar y de vivir la fe. Se trata, en definitiva, de hacer gustar a los jóvenes el vino bueno y mejor de Jesucristo, Señor de la Vida.

BIBLIOGRAFÍA

CRESPO BUEIS, J. (Coord.). *Acompañar a jóvenes*. Un itinerario formativo para acompañar a jóvenes. Madrid: CCS, 2021.

DE TORRES, S.; MARTÍNEZ, J.; G^a. MOURELO, S. Del discernimiento en pastoral a una pastoral de discernimiento. *Misión Joven*, v. 525, p. 23-32, 2020.

DICASTERIO PARA LA PASTORAL JUVENIL SALESIANA. *La pastoral juvenil salesiana*. Cuadro de referencia. Roma: Direzione Generale Opere Don Bosco, 2014.

JIMÉNEZ ORTIZ, A. *La fe en tiempos de incertidumbre*. Teología para dar que pensar. Madrid: San Pablo, 2018.

LÓPEZ HORTELANO, E. Discernir: salir de la zona de confort. *Misión Joven*, v. 525, p. 5-14, 2020.

PAPA FRANCISCO. *Exhortación Apostólica Evangelii gaudium*. Madrid: Palabra, 2013.

_____. *Exhortación Apostólica Gaudete et exsultate*. Madrid: Palabra, 2018.

_____. *Exhortación Apostólica Post-sinodal Christus vivit*. Madrid: Palabra, 2019.

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN. *Directorio para la Catequesis*. Città del Vaticano: Editrice Vaticana, 2020.

SÍNODO DE LOS OBISPOS. XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA. *Reunión pre-sinodal*, Roma, marzo, 2018.

¹⁰ DE TORRES, Susana; MARTÍNEZ, Jesús; G^a MOURELO, S. Del discernimiento en pastoral a una pastoral de discernimiento. *Misión Joven*, v. 525, p. 23-32, 2020.